Pº 30.

mano al seductor y le trae á su casa? ¡Dios justiciero! Necesitaba un cómplice el seductor..... ¡Le halló en el padre de la víctima!

DON LORENZO.

¡Damián, por compasión!

DAMIÁN.

Que se hagan picardías por algo que se apetezca ó ambicione, ya me lo explico, ya lo entiendo; el hombre tiene pasiones violentas y ruines apetitos; pero que se hagan sin necesidad, ni provecho, ni gusto, ¡vive Dios que esto es lo que no puedo entender! La infamia bien retribuida me indigna menos que la infamia de balde.

DON LORENZO.

Bien....., sí; pero no perdamos el tiempo. Yo estoy aturdido..... Aconséjeme usted..... ¿Qué le parece á usted que hagamos?

DAMIÁN.

¿Qué hemos de hacer? Dejar que ese caballero siga adelante en el empeño de seducir á su hija de usted. Y mientras lo consigue, nosotros diremos que no somos Quijotes, y nos lavaremos muy bien las manos, y declamaremos contra los males de la sociedad á lengua batiente. Verá usted.

DON LORENZO.

¡Damián!

DAMIÁN.

¡La sociedad está perdida! (Imitando el tono declamatorio de D. Lorenzo, y paseando muy de prisa como él acostumbra hacerlo.) ¡La corrupción es universal! ¡No hay quien pueda con los bribones! ¡Desdichados de los hombres de bien! ¿Quiere usted un cigarro?

Sacando la petaca y ofreciéndosela.

DON LORENZO.

¡Es usted implacable!

DAMIÁN.

Señor don Lorenzo, aquí estoy á su lado de usted; disponga usted de mí, de mi vida.

DON LORENZO.

Gracias; Dios se lo premie á usted. ¿Qué haremos?

DAMIÁN.

¿Qué? Sacarle de aquí arrastrando.

DON LORENZO.

¡Por los clavos de Cristo!..... Eso no..... Merecía que le matase..... Es verdad..... (Con ira.) Pero más ruido..... (Cambiando de tono.) Otro escándalo..... Ya sabe usted que los hombres de bien no servimos para estas cosas.

DAMIÁN.

¡Dale! Ya sé que los hombres de bien no sirven para nada.

DON LORENZO.

Bastante grande es mi desdicha. No la empeoremos en vez de remediarla. Calma..... Prudencia.....

DAMIÁN.

No, no; si hay que tener prudencia no cuente usted conmigo; yo—bendito Dios—no la gasto.

ESCENA XV.

DICHOS y QUIROGA.

QUIROGA.

Apareciendo en la segunda puerta de la derecha.

¡Charlando todavía!

DON LORENZO.

Como asustado de la impudencia de Quiroga.

¡Eh!

QUIROGA.

Desde la puerta.

¿Va á durar la plática hasta el día del juicio?

DON LORENZO.

Bajo á Damián.

Pero ¿es creíble su impudencia?

DAMIÁN.

Como si quisiera arrojarse sobre Quiroga.

Si no mirara.....

DON LORENZO.

¡Quieto! (Bajo, conteniéndole.) Yo soy quien debe confundirle. Déjeme usted solo con él.

DAMIÁN.

Que se vaya al punto de aquí ó de nada respondo.

DON LORENZO.

Se irá. (Vase Damián por la segunda puerta de la izquierda, dirigiendo á Quiroga miradas de amenaza.) (No sé qué experimento al verle.)

Manifestando turbación y terror.

ESCENA XVI.

DON LORENZO y QUIROGA.

QUIROGA.

Acercándose á él.

El señor Ortiz le ha contado á usted que su hija me quiere.

DON LORENZO.

Con efecto.....; eso me ha contado; y como usted

ve, el asombro y la indignación apenas me permiten hablar.

QUIROGA.

Razón sobrada tiene usted para enojarse. Yo en su lugar de usted me hubiera irritado más todavía.

DON LORENZO.

Celebro en el alma, caballero, que usted reconozca el derecho que me asiste á pedirle severa cuenta de proceder tan incalificable.

QUIROGA.

Lo que es yo, á decírseme que un hombre casado galanteaba á una hija mía, creo que sin darle tiempo á disculparse le hubiera acogotado.

DON LORENZO.

(¿Se burla este demonio?)

QUIROGA.

Usted como persona de juicio no habrá podido menos de considerar que las apariencias engañan, y que no se debe condenar á nadie sin oirle primero.

DON LORENZO.

Siendo cierta la culpa, ¿qué alegará usted en su abono?

QUIROGA.

Calma, y óigame usted.

DON LORENZO.

Enhorabuena: veamos lo que usted se atreve á decirme.

QUIROGA.

Pues ya sabe usted que su hija es hechicera.

DON LORENZO.

¿Y qué?

QUIROGA.

Que yo solía echarle flores. No trato de atenuar mi